

Uso del espacio en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid): cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal

Carlos Sanz Mínguez

Las investigaciones arqueológicas desarrolladas recientemente en Padilla y Pesquera de Duero han orientado sus esfuerzos de forma prioritaria al conocimiento del cementerio indígena de Las Ruedas, un área extensa, de 3 ó 4 Has., situada unos trescientos metros al sureste del poblado de Las Quintanas, sobre la que en los últimos años —pese a gozar de los teóricos beneficios de la incoación de expediente para su declaración de B.I.C.— la concentración de actividad clandestina y muy especialmente las tareas de cultivo con aradas en profundidad están cercenando dramáticamente su patrimonio histórico y cultural¹.

Las notables dimensiones del cementerio están en relación directa tanto con el carácter aglomerado de su hábitat, como con su uso prolongado, aproximadamente desde los inicios del siglo IV a.C. hasta el I d.C., y sobre todo con un modelo de aprovechamiento del espacio en extensión. Este tipo de yacimientos no es frecuente en absoluto, y en este sentido constituye hasta el presente un *unicum* para el valle medio del Duero. La riqueza de sus depósitos, y la importancia que en ellos adquieren determinados elementos metálicos, está per-

mitiendo definir unas estrechas relaciones con el grupo de Miraveche-Monte Bernorio, incluso mayores que las esbozadas con respecto a los focos vettones (Martín Valls, 1985: 120, donde se habla de “área de expansión” de Cogotas II) o arévacos (Romero Carnicero, 1984b: 81). Todas ellas explican a la perfección el papel de enclavada geográfica y cultural que debió de jugar este enclave. Hasta el presente ningún otro ámbito del yacimiento —poblado o alfar— ha permitido constatar de forma tan fehaciente dichas relaciones. Encontrándonos, como estamos, en unos estadios iniciales de su investigación, las perspectivas de futuro no pueden mostrarse más halagüeñas siempre y cuando se consiga poner freno a la degradación anteriormente señalada.

El descubrimiento de la necrópolis de Las Ruedas se produce en los inicios de la década de los setenta, como consecuencia de la deforestación de un área residual de pinares. Esta circunstancia permitió a don Tomás Madrazo, vecino de Quintanilla de Arriba y profundo conocedor del yacimiento, observar la presencia de numerosos objetos metálicos y de cuentas de collar de pasta vítrea entre las raíces de los tocones de algunos pinos arrancados. Los trabajos de rebusca que siguieron en los años posteriores constituyeron la base para la creación de una colección particular verdaderamente excepcional que incluye más de trescientas piezas metálicas, entre las que se incluyen algunas aún no representadas en

¹ En los últimos ocho años la extracción de dos centenares de estelas funerarias, algunas de ellas de cabecera discoide, y la realización de más de un millar de hoyos clandestinos en el lugar ilustran perfectamente la preocupante situación. En relación a estas incidencias véase Sanz Mínguez y Escudero Navarro (1991).

nuestros trabajos de excavación. Una selección de estas piezas, en unión de algunas otras de cerámica, no siempre provinientes de la necrópolis de Las Ruedas², fueron dadas a conocer poco tiempo después (Mañanes y Madrazo, 1978: 425-432).

En 1979, los profs. Mañanes y Martín Valls acometieron una excavación de urgencia en el lugar a fin de ratificar el contexto funerario de esos materiales y de comprobar el estado de conservación del cementerio, que *a priori* se prometía escasamente halagüeño dada la gran cantidad de hoyos y remociones de tierra que se observaban en su superficie. Con los escasos resultados obtenidos en aquélla intervención —que tuvo, efectivamente, el sino de centrarse sobre un área muy desmantelada— y la colección Madrazo relativa al cementerio, efectuamos un primer acercamiento a la identidad cultural y cronológica del mismo (Sanz Mínguez, 1985).

A partir de ese momento se inician las excavaciones sistemáticas en esta y otras partes del yacimiento. Tras sondear diferentes áreas del cementerio, se decide intensificar las excavaciones en una trinchera de trazado N/S, de la que hasta el presente se han excavado 114 m. de longitud por 3 m. de anchura, a la que denominamos zanja II. Su excavación nos ha permitido recuperar 65 conjuntos funerarios, algunos de ellos múltiples, que en términos generales poseen una gran riqueza de ajuar y ofrendas, y que manifiestan una incontestable modernidad a medida que progresamos en dirección Norte y se recorta la distancia al poblado. Esta característica de las deposiciones en unión de la falta de superposiciones estratigráficas nos han llevado a proponer un modelo de aprovechamiento del espacio funerario de tipo radial, es decir, en sucesivas aureolas que, partiendo de un foco inicial, situado en las proximidades del pinar de Las

Pozas, iría expandiéndose hacia el Norte, recortando la distancia que le separaba inicialmente del poblado pero limitado en cualquier caso por un arroyo inmediato (Fig. 1). El acierto fortuito en el trazado de dicha zanja posibilita que algunos de los niveles o pisos cronológicos de utilización del cementerio hayan sido cortados en lo que se perfila, pese a ciertas dificultades, como una modélica estratigrafía horizontal (Sanz Mínguez, 1990a).

Con todo, la definición de dichos niveles no resulta tan sencilla de establecer a causa de ciertos factores que comentaremos sucintamente. Uno de los más importantes es el desconocimiento que aún poseemos de la génesis y evolución de buena parte de la cultura material típica de este momento para el territorio meseteño, estado carencial alimentado tanto por la escasez de trabajos encaminados a obtener buenos registros estratigráficos, como, y sobre todo, por hallarse esta área fuera de los circuitos comerciales de las importaciones griegas que en otros contextos como el ibérico proporcionan datos precisos y preciosos de cronología absoluta. Efectivamente, un solo ejemplar de cerámica ática (Sanz Mínguez y Campano Lorenzo, 1989: 178-180) y algún otro de campaniense, fragmentados y carentes de asociaciones, constituyen todo el material de importación obtenido en Las Ruedas.

En dichas circunstancias no siempre resulta sencillo discriminar si las variaciones observadas en la composición de los depósitos funerarios obedecen a factores de índole social —rango, condición sexual, edad, etc.— o temporal. Así, por ejemplo, el agrupamiento de determinadas tumbas, constituidas fundamentalmente por elementos cerámicos, al norte —y por tanto en la dirección de la teórica modernización del cementerio— de otras con ajuar guerrero podría movernos a considerar a aquéllas, siguiendo algunos argumentos que relacionan la falta de armas en necrópolis, bien con factores exógenos tales como un hipotético proceso de desarme impuesto por los romanos (Argente Oliver, 1977: 139), bien por

² A fin de evitar confusiones, y pese a que ya hemos llamado la atención sobre el particular, conviene recordar que este cementerio fue dado a conocer de forma inexacta con el nombre de Los Hoyos, algo próximo pero más septentrional en la antesala del poblado de Las Quintanas. Precisamente de una zona suroccidental del hábitat proviene la cajita excisa publicada en esta ocasión junto a materiales de la necrópolis (Mañanes y Madrazo, 1978: fig. 2: 2).

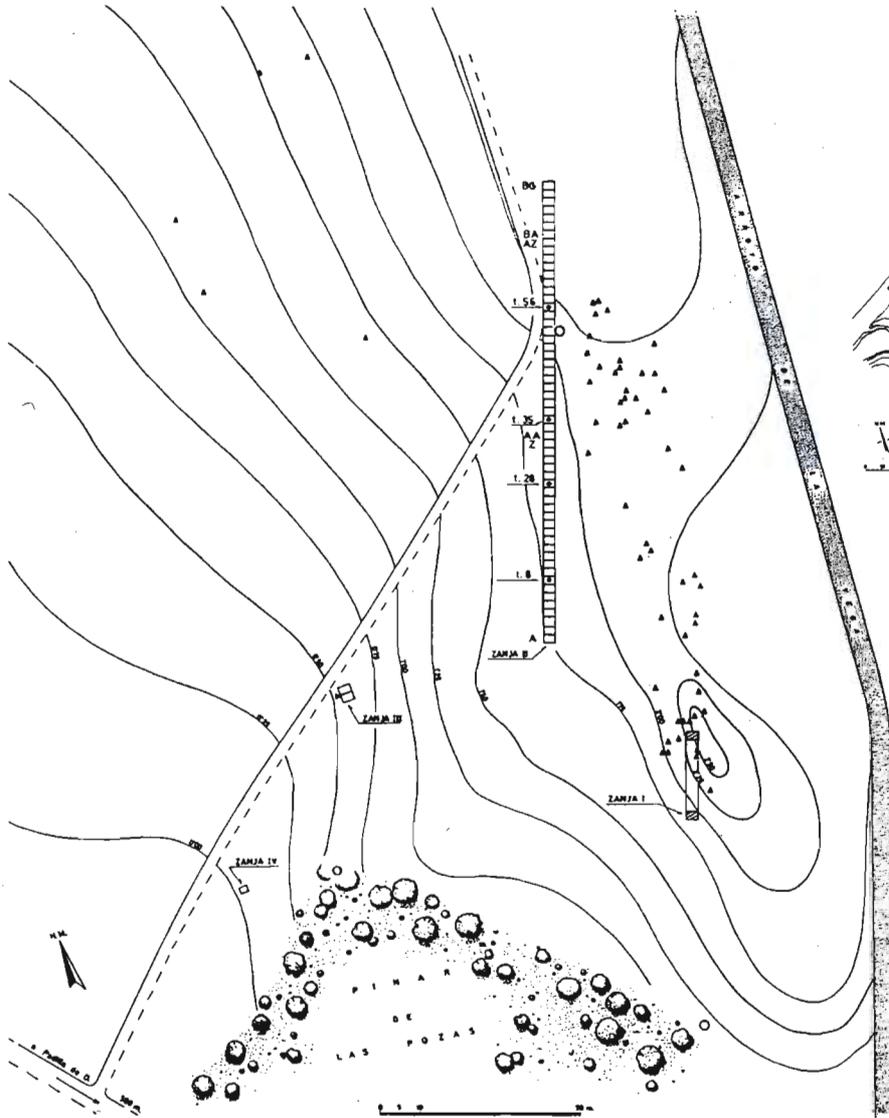


Fig. 1:

Localización de las zanjas de excavación realizadas entre 1985 y 1987 en la necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid), con indicación de las tumbas analizadas (8, 28, 35 y 56) y de las estelas detectadas (Δ) en el seguimiento de las tareas de cultivo. Los cinco triángulos más septentrionales, formando arco, delimitan el extremo de otro agrupamiento de una treintena de ellas (dos de cabecera discoide) arrancadas en el presente año. Entre el camino y la banda de estelas de disposición paralela al A° de la Vega se extrajeron más de centenar y medio entre 1984 y 1986.

Fig. 1.

factores endógenos vinculados a la propia evolución social de estos pueblos prerromanos (Ruiz-Gálvez Priego, 1990), como más tardíos, asumiendo, en definitiva, una visión diacrónica para su explicación. La realidad en nuestro caso, sin embargo, parece responder a otros planteamientos como ilustran algunas tumbas dobles y sincrónicas en las que, mediante estudios antropológicos, se ha podido confirmar la presencia de dos individuos de sexo contrario, comprobando que los elementos metálicos quedaban monopolizados por el varón, frente al ajuar de la mujer integrado exclusivamente por cerámicas. Nos encontraríamos pues, en este caso, ante tratamientos rituales diferenciales de base sexual.

Otro aspecto realmente sorprendente, al tiempo que representativo de lo sesgado de la muestra es la inusual riqueza proporcionada por este cementerio: el 80 por 100 de las tumbas poseen ajuar, alcanzando una especial significación las de tipo guerrero y aquéllas otras con un número de piezas considerable, es decir una tendencia contradictoria con respecto a lo que sucede en necrópolis excavadas más extensamente como Las Cogotas (Martín Valls, 1986-87: 75, fig. 4). La razón de este comportamiento, más probablemente que a una riqueza comparativamente mayor de los pueblos vacceos, pudiera corresponder a la existencia de áreas específicas de enterramientos para determinados status sociales y grados de parentesco, transmitidas de generación en generación. Así sobre el espacio físico del cementerio se combinaría al mismo tiempo un uso social—de un determinado componente social—y temporal—a través de varias generaciones—. La presencia de las dos tumbas más relevantes—28 y 32—, distanciadas entre sí tan sólo ocho metros, y desarrollando y detentando unos ritos, morfología y símbolos jerárquicos idénticos, cuando parece que entre ambas media un lapso de tiempo importante, viene a ratificar éste modelo de ocupación.

A la espera de nuevas excavaciones que nos permitan obtener una visión más amplia para confirmar o matizar las hipótesis emitidas sobre el funcionamiento y uso de

la necrópolis, nuestro interés se centra ahora en ilustrar adecuadamente dicha estratigrafía horizontal. Para ello nos ha parecido aconsejable seleccionar una muestra de tumbas, que, al tiempo que físicamente distanciadas entre sí, reunieran una serie de características lo más homogéneas posibles a fin de poder filtrar los comportamientos rituales de naturaleza social (las distinciones de rango, sexo o edad). La discusión cronológica se basará, por tanto, sobre cuatro tumbas—las 8, 28, 35 y 56— datadas entre el siglo IV a.C. y el I a.C., que poseen como rasgo común su pertenencia a un status guerrero, confirmado no sólo por criterios tradicionales de composición de ajuar—con el puñal, a excepción de la tumba 56, como elemento común— sino también por análisis antropológicos que otorgan una condición masculina, al tiempo que una escasa variación de edad (individuos de 30 a 40 años, salvo la tumba 28 en que el varón es sexagenario).

Tumba 9.

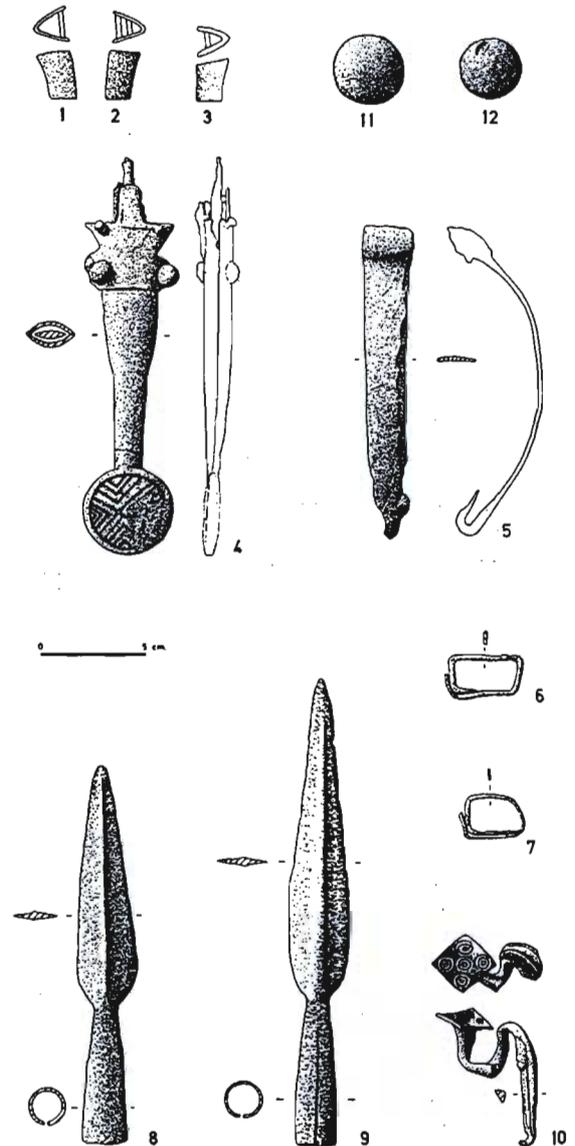
Este conjunto (Fig. 2), localizado en el sector H de la zanja II, carecía de urna cineraria, encontrándose los huesos cremados desparramados junto a los ajuares, de naturaleza exclusivamente metálica y pétreo. Entre aquéllos contaba con el juego habitual de dos puntas de lanza, una más corta que la otra, y dos abrazaderas para anclar aquéllas al ástil—ambos elementos aparecen así organizados en otras piezas recuperadas en este cementerio—, un puñal de tipo Monte Bernorio constituido por vaina de contera discoide, hoja en su interior solidaria a ésta por corrosión y tres de las cuatro piezas naviformes que integran su pomo, así como por un característico tahalí, triangular y corto, todo ello en hierro; una fibula de pie alzado con botón terminal, deformada y rota por el muelle, y realizada en bronce completaba el ajuar metálico. Finalmente el depósito incluía también dos bolas de piedra caliza, con señales evidentes de haber sufrido los efectos de la cremación.

Sin duda la fibula y el puñal son en este depósito los elementos que pueden proporcionarnos las pautas cronológicas de mayor interés, por lo que sobre ellos centraremos nuestro análisis.

Por lo que respecta a la fibula (Fig. 2: 10), antes de proceder a su estudio, conviene al caso señalar que unos treinta cm. por encima del depósito funerario y a unos sesenta cm. de la superficie —es decir, a una profundidad suficiente para que la incidencia del arado pueda teóricamente desestimarse— apareció otra pieza idéntica a la de la tumba, pero en esta ocasión perfectamente conservada. El carácter de la misma y su circunstancia de deposición sólo se nos ocurre pueda interpretarse como correspondiente a una ofrenda efectuada por un acompañante del duelo cuando se estuviera procediendo al relleno del hoyo funerario, ya que desde luego la pieza no constituiría un ajuar propiamente del difunto, al no ser cremada con él, dato éste ratificado tanto por el excelente estado de conservación en que se halla, como y sobre todo por presentar un eje de resorte de naturaleza orgánica cuya presencia parece más circunstancial que propiamente estructural. En definitiva este ejemplar nos informa con mayor precisión de algunas características tipológicas que se han perdido o desvirtuado en aquél otro directamente asociado a la panoplia.

Ambos pues, se tratarían de ejemplares realizados en una sola pieza, con arco peraltado y espeso, de sección romboidal, o más propiamente triangular, con base convexa, cuyo pie de sección cuadrada se alza en vertical experimentando un progresivo engrosamiento hasta rematar en una mesa cuadrada. La cabecera del puente se arrolla para dar paso a un resorte de muelle generado hacia el interior. Una decoración de finas líneas incisas ciñe las tres aristas superiores del arco y muelle, así como del remate piramidal. La mesa de éste además de aparecer ribeteada con dichas líneas posee series de círculos concéntricos en disposición de valor de dado de juego.

Fig. 2.—Tumba 8.



Su tipología, por tanto, encaja en la serie de fibulas designadas por Cabré y Morán como "de pie alzado" o tipo VII y más específicamente en su variante C, caracterizada por un adorno caudal más o menos cúbico que, en el caso del ejemplar de Higes, próximo al nuestro, cabría definir mejor como piramidal (Cabré y Morán, 1977: 131). Sin duda esta clasificación —VIIC— conviene mejor a nuestros ejemplares que la VIID en que cabría asimilarlas en función de la gran mesa cuadrada que corona el remate caudal, ya que fuera de este rasgo y por lo demás, la morfología de las fibulas vallisoletanas se halla alejada aún de las influencias laténicas (configuración externa de los resortes, tendencia a aproximar el apéndice al puente uniendo ambos mediante una barrita fundida o empleo de hierro para su elaboración) que invaden a los ejemplares de la serie D. Incluso los tipos más antiguos de ésta, como los de Valdenovillos o Alpanseque (Cabré y Morán, 1977: fig. 11: 11 y fig. 10: 8), pese a detentar un pie alzado en vertical y aún alejado del puente, se distancian de los nuestros por incluir resortes externos y ser sus vástagos caudales de grosor más o menos constante.

El ejemplar de Higes, incluido en la serie VIIC observa mayor proximidad en la morfología tanto de su cabecera como del pie, sin embargo el remate posee aún un escaso desarrollo, no superando la mitad de la altura del arco (Cabré y Morán, 1977: fig. 15: 7). La cronología que proponen estos autores para el grupo C es del segundo cuarto del siglo v y todo el iv a.C. (Cabré y Morán, 1977: fig. 7).

Sin embargo, los mejores paralelos en el área segontina los hallamos, sin ninguna duda, en la pieza aparecida en la tumba 2 de la necrópolis de Prados Redondos, con un pie bien conformado y rematado, a nivel de la cimera del arco, en una sólida mesa cuadrangular que aparece decorada en su superficie por cuatro círculos concéntricos dispuestos en cada una de sus esquinas y líneas de granete, estas últimas afectando también a las aristas superiores del puente. Su cabecera se enrolla para formar el

muelle actualmente perdido (Fernández-Galiano, Valiente y Pérez, 1982: 15, figs. 12 y 13: 5). Una pieza idéntica a ésta se cita en el trabajo de referencia entre los materiales de la necrópolis de Luzaga, incluidos en la obra inédita del Marqués de Cerralbo, paralelo que nos inspira cierta desconfianza de responder, como se dice, al mismo modelo de otros hallados en las necrópolis de El Atance o Altillo de Cerropozo de Atienza (Fernández-Galiano, Valiente y Pérez, 1982: 26), que por presentar sus remates unidos por barra fundida al puente han de ser considerados posteriores a estos de Prados Redondos o Padilla de Duero. Concretamente el ejemplar aparecido en la tumba 16 de Altillo de Cerropozo, pese a que inicialmente se considerara del final de la Primera Edad del Hierro, paralelizándolo cronológicamente con el puñal bernoriano de Alpanseque (Cabré, 1930b: 35), se data posteriormente en pleno siglo III a.C. (Cabré, 1937: 21). Con todo, y pese a los paralelos aducidos, esta fibula, como el conjunto de la tumba 2 al que pertenece, se asimila a la fase I de la necrópolis, desarrollada a lo largo del siglo v a.C. (Fernández-Galiano, Valiente y Pérez, 1982: 34, fig. 25). Por su parte, Argente (1989: 204) centra el desarrollo de este modelo, correspondiente a su serie 7C, entre los finales del v y durante todo el siglo iv a.C.

Sin intención de ser exhaustivos en la búsqueda de paralelos, y pese a reconocerse otras piezas segontinas más o menos próximas, esta zona no parece que constituyera, sin embargo, el marco de implantación por excelencia del modelo de imperdible. Los paralelos cuantitativa y cualitativamente más interesantes se concentran en la zona centro de la Cuenca del Duero, en yacimientos como Monte Bernorio, Saldaña y muy especialmente la propia Padilla de Duero. Curiosamente en la comarca burebana del Alto Ebro adquiere escasa representación por desarrollarse aquí un tipo de piezas muy similares cuyos pies alzados muestran característicos y complejos remates a base de superposiciones de conos truncados —como los que exornan también a los mode-

los más avanzados de las fibulas de doble resorte—. Al-
gún ejemplar excepcional como el procedente de la tumba
60 (Schüle, 1969: lám. 147: 22) se emparenta con los
analizados ahora, sugiriendo la carencia aún de mesa en
su remate caudal un estadio evolutivo previo al nuestro,
si bien presenta un particular tipo de resorte, cuya técnica
acusa influencias laténicas, siendo datado, en compañía
de otra pieza de Monte Bernorio de similares características,
entre mediados del siglo IV y mediados del III a.C.,
por más que la fibula francesa prototipo de este peculiar
resorte lo sea en el siglo V a.C. (Cabré y Morán,
1987: 29-31, fig. 1).

Como precedentes inmediatos a nuestros ejemplares
habría que señalar otros recogidos en Saldaña y Monte
Bernorio (Schüle, 1969: láms. 163: 16, 173: 2 y 3) y
sobre todo en la propia necrópolis de Las Ruedas, de
Padilla de Duero, donde estos modelos más simples ad-
quieren especial significación. De los nueve ejemplares
hallados aquí, ocho corresponden a la colección Madrazo
—obtenida fundamentalmente en un área al sur del
cementerio— y el restante a un sector meridional —el C—
de la zanja II. La distribución cartográfica del modelo
sobre el espacio de la necrópolis guarda una estrecha
relación con la que ofrecen las fibulas de doble resorte de
puente en cruz —ocho en la colección Madrazo (Campano
y Sanz Mínguez, 1989) y dos de excavación en sectores
A y H— modelo que se data hacia los comedios del
siglo IV a.C. (Argente, 1989: 134-135; Campano Lorenzo
y Sanz Mínguez, 1989: 71 y Sanz Mínguez, 1990b: 175),
y cuya fecha parece convenir igualmente a las piezas de
pie alzado analizadas.

La total ausencia de influencias de La Tène en éstas,
sancionada igualmente por la negación de fibulas y de-
coraciones laténicas que sí harán acto de presencia en
áreas más septentrionales de la necrópolis, nos sugiere
un ambiente temprano. Considerando que la asimilación
de dichos gustos se operaría en la Cultura del Duero
con notable retraso con respecto a las zonas centro-
europeas o ibérica, por efecto de cierta fidelidad a las

formas hallstáticas, en un momento que como pronto
cabría situar en el segundo cuarto del siglo IV a.C. (Cabré
de Morán y Morán Cabré, 1982: 6), parece posible que
los ejemplares de la tumba 9 se sitúen cronológicamente
sobre fechas similares o ligeramente anteriores, cronología
que conviene igualmente al puñal de tipo Monte
Bernorio asociado.

En efecto, el ejemplar bernoriano (Fig. 2: 1-5) corres-
ponde a la que definimos como *fase formativa* del arma
(Sanz Mínguez, 1990b: 172-176, fig. 3), la cual adquiere
una representación particularmente importante en la
necrópolis de Las Ruedas, hecho que nos llevó en su día
a introducir la duda razonable de que el tipo se hubiera
generado en el Duero Medio para con posterioridad ser
incorporado y enriquecido en el foco septentrional en que
tradicionalmente se venían constatando estos productos.

Las reducidas dimensiones de la pieza —18 cm. de
longitud para la funda—, la lengüeta de gran tamaño sobre
la embocadura de la vaina y en el arranque del espigo
de la hoja, el estrangulamiento en tercio inferior de ambas,
la técnica y motivos decorativos empleados, y sobre todo
el sistema de empuñadura integrada por cuatro piezas
naviformes independientes unidas dos a dos, constituyen
características todas ellas suficientes para justificar dicha
adscripción. El tahalí metálico, corto y de forma triangular,
señala en la misma dirección.

Estos caracteres morfológicos son comunes para
todos los ejemplares asimilados a dicha fase, independientemente
del tipo de conteras que detenten: rectangulares con calados,
cuadrangulares de lados escotados, trelabuladas o de un
solo disco. Pero al tiempo que una gran coherencia morfo-
estructural resulta patente la comunión estética o decorativa
que manifiestan estas primeras producciones, aspecto que
nos interesa destacar especialmente por cuanto viene a ratificar
un ambiente sin contaminaciones laténicas similar al señalado
para la fibula estudiada.

En efecto, la decoración, aparte de ceñirse característicamente
en esta fase al tercio superior e inferior de la

vaina y a su empuñadura, desarrolla una temática geométrica muy homogénea a base de combinaciones de triángulos, cuadrados, círculos y zig-zags, ejecutados mediante fino cincelado u otras técnicas como el calado, pero sin aparecer aún el damasquinado y los motivos trenzados a él asociados. Los triángulos concéntricos o enfrentados por el vértice formando un cuadrado probablemente sea el motivo más habitual y característico de los plasmados sobre las producciones iniciales del puñal bernoriano. Así se refleja no sólo en la pieza ahora analizada sino también en otras más del cementerio vallisoleitano (Sanz Mínguez, 1986, fig. 1: 2 y 3, fig. 2: 1) o de los sorianos de Alpanseque (Cabré Aguiló, 1916: 14) y Carratiermes (Altares y Misiego, 1992; Martínez Martínez, 1992).

Dicho motivo, al igual que el de doble hacha existente en otras conteras y que alcanzó una notable difusión en soportes de la naturaleza más diversa (Lucas Pellicer y Ruano Ruiz, 1988: 92-93, fig. 2), reclama paralelos tanto mediterráneos como continentales, pero en cualquier caso ajenos a las influencias laténicas. A pesar de que estos motivos concurrirán en algunos ejemplares de falcatas ibéricas junto a elementos tales como cadenas de trisqueles que traducen sin embargo influjos incontestables laténicos y más concretamente del estilo de Waldalgesheim (Lenerz de Wilde, 1986: 275, fig. 2), cabe pensar que aquéllos en unión de las cabezas equinas que decoran frecuentemente la empuñadura de dicho armamento fueran recibidos por influencia meseteña (Cabré, 1934: 220), y, por tanto, la presencia de dicho componente céltico podría entenderse, como consecuencia bien de cierto desfase entre unos y otros productos meseteños e ibéricos, bien de la mayor receptividad del área ibérica a los influjos laténicos.

En cualquier caso, la composición de cuatro triángulos enfrentados por el vértice no se rastrea en absoluto en el arte laténico (Lenerz de Wilde, 1986: 275). Mayor interés ofrece en este sentido una espada corta de hierro con empuñadura de bronce hallada en Tozal de los Re-

gallos (Huesca), en un contexto de CC. UU. catalanes. Este ejemplar constituye un interesante testimonio de por donde han de buscarse no sólo los antecedentes de dicha decoración sino probablemente también del propio puñal bernoriano. La pieza, dada a conocer por Ruiz Zapatero (1985: 893-894, fig. 249: 1), conserva una empuñadura que morfológicamente responde al mismo esquema de los puñales meseteños. Aunque las cachas parecen enterizas, la organización de la decoración en tres espacios equidistantes en los que se repite el mismo motivo de cuatro triángulos enfrentados por el vértice, nos recuerda extraordinariamente la organización de la empuñadura bernoriana, con dos piezas naviformes en pomo y guarda y una zona intermedia de materia orgánica (un detalle fotográfico de este pomo en Martín Bueno, 1989: 55). La mala conservación de la pieza impide hacer precisiones sobre una hoja que, aunque evidentemente engrosada por la oxidación, acusa también el característico estrangulamiento en el tercio inferior. La cronología esbozada para este ejemplar —*post quem* al 700 a.C. en función de la introducción de la metalurgia del hierro en este sector (Ruiz Zapatero, 1985: 894)— y los caracteres tipológicos esbozados hacen que le otorguemos en relación a los puñales Monte Bernorio un papel similar al que las espadas de gabilanes curvos de Can Canys cumplen para las de tipo Miraveche de la Meseta.

En definitiva, la estética detentada por estos ejemplares viene a ratificar unos contextos materiales que orientan su data hacia los inicios del s. IV a.C. (Sanz Mínguez, 1990b: 175-176) y de entre los cuales las fibulas de doble resorte más evolucionadas se muestran como la asociación más característica. Ambos elementos conviven en las tumbas 48 de Uceró (García-Soto, 1992), 180 de Carratiermes (Altares y Misiego, 1992) y en Padilla aunque no han aparecido aún dentro de un mismo conjunto, sí manifiestan una incidencia cartográfica, en unión de las fibulas de pie alzado analizadas, similar, como ya queda dicho.

Alguna breve consideración nos merecen finalmente las bolas de piedra halladas en este conjunto funerario. La mayor antigüedad de las elaboradas en piedra frente a las de barro parece una realidad bien fundada. Así, en el poblado alavés de La Hoya, en el sector II, se hallan bolas pétreas desde el nivel B1 y B2, subyacente al nivel A o celtibérico, al tiempo que las de barro nunca aparecen en momentos preceltibéricos (Vegas Aramburu, 1983: 411). Una línea de evolución similar parece desvelarnos la distribución en la necrópolis de Las Ruedas de la treintena escasa de piezas pétreas obtenidas hasta ahora; de ellas el 88 por 100 se distribuye en los sectores iniciales (A a Z) de la zanja II, desapareciendo prácticamente a partir de momentos como el caracterizado por la tumba 35 que tendremos ocasión de analizar posteriormente.

Por otro lado, y sin pretender entrar ahora en el debate de la funcionalidad de estos elementos (véase al respecto Sacristán de Lama, 1986a: 206-208; o Barrio Martín, 1988: 281-283, donde se recogen las principales hipótesis emitidas), y ciñéndonos específicamente a los de piedra, ciertos datos nos parecen importantes. Así, su asociación a ajuares guerreros como el presente, ratificada en otros conjuntos de Miraveche (Schüle, 1969: láms. 136, 145 y 148), y, fundamentalmente, la presencia en los mismos de fuertes alteraciones (coloración negruzca, escamaciones en las realizadas sobre soporte calizo) producidas por los rigores de la cremación de que fueron objeto. La importancia de este último hecho radica en que dicho tratamiento, en la necrópolis vallisoletana, se prodigó únicamente a los elementos de panoplia, por constituir ajuar personal y parte del atuendo con que los individuos eran sometidos al ritual crematorio, lo que se advierte no sólo en las propias deformaciones sufridas por los materiales, sino también en la coincidente y estrecha localización, dentro del *locus* funerario, que observan los restos del difunto y sus ajuares metálicos (Sanz Mínguez, 1990a: 164). Así pues, cabría pensar que estas bolas de piedra constituyeran entre la

sociedad vaccea que se hacía enterrar en Las Ruedas, por el tratamiento otorgado en el ritual funerario, un elemento más de panoplia, asumiendo, por tanto, su posible utilidad como proyectiles de onda, aunque no descartemos otros supuestos de tipo simbólico que justificaran su estrecha vinculación con el difunto.

Tumba 28.

Este depósito (Figs. 3 y 4), localizado en el sector T, entre 45 y 70 cm. de profundidad, pasa por ser el más excepcional de los hallados, habiendo proporcionado al tiempo que un soberbio ejemplar de puñal Monte Bernorio damasquinado y completo incluso en cachas, la única espada detectada hasta el presente en el cementerio. Como ya se ha señalado corresponde a un individuo sexagenario que debió de detentar una posición social preeminente si nos fiamos de la riqueza y excepcionalidad de sus ajuares y ofrendas que, curiosamente, no encuentra correspondencia con la simpleza de las estructuras detectadas: un hoyo de unos noventa cm. de diámetro y dos pequeñas lajas calizas que protegían su perfil más tendido. De los seis recipientes cerámicos detectados, dos están elaborados a torno —una copa baja y un cuenco— y el resto a mano —dos catinos troncocónicos, un vaso de carena alta y borde reentrante con decoración de mamelones y un cuenco decorado a peine que cumplía las funciones de urna cineraria—. Entre los elementos de panoplia además del puñal y la espada señalados, aparecieron dos puntas de lanza, un regatón, el umbo, abrazadera y grapa de un escudo de tipo Monte Bernorio y, ya en bronce, un colgante pectoral de doble rueda.

Si iniciamos el análisis de este interesante conjunto por la espada de tipo Miraveche (Fig. 3: 1) comprobamos como el modelo posee una escasa difusión, restringiéndose su uso a la zona septentrional de la Meseta y ahora al Duero Medio. En efecto, los escasos ejemplares

conocidos se concentran sobre todo en la localidad epónima, cuya necrópolis arrojó seis ejemplares (Schüle, 1969: tumbas 12, 31, 38, 60, 79 y 80, láms.: 138:1, 139:1 y 15, 142:1, 146:1 y 2, 151:1 y 2 y 152:1, respectivamente), a los que habría que añadir el hallazgo previo de una espectacular contera interpretada inicialmente como báculo o insignia religiosa (Cabré, 1916: lám. I: 8; Schüle, 1969: lám. 152: 4). Un fragmento de contera calada apareció también en Monte Bernorio (Schüle,



Lám. 1.—Tumba 28.

1969, lám. 163: 47) y una hoja fragmentada en dos que pertenecía a la antigua colección de Comillas, con procedencia de la cueva de La Muela en Peña Amaya, interpretada por Cabré como correspondiente a un puñal de tipo Monte Bernorio (Cabré, 1931: 232, fig. 2:2), ha de corresponder necesariamente a una espada tanto por su excesiva longitud (54 cm.) como por presentar en el extremo del espigo un remate bicónico de bronce similar al de otros ejemplares de espada. Una pieza más de carácter superficial fue hallada en la necrópolis de Palenzuela (Castro García, 1971: lám. XVII: 60 y XXII). Recientemente se ha señalado la presencia también de un

ejemplar inédito e incompleto, en Lara de los Infantes (Cabré de Morán y Baquedano Beltrán, 1990: 63)³.

La cronología del modelo miravechiano, en función de los estrechos paralelos que observa con las espadas de gavilanes curvos de Can Cannys (Banyeres, Tarragona) ha sido centrada fundamentalmente en el siglo VI a.C. (Schüle, 1969: 107, tabla tipocronológica). Sin embargo, la necesidad de modernizar esta data ante los hallazgos más recientes parece obligada. A partir de la incierta pieza de Lara de los Infantes, se propone una fecha inicial para el arma del siglo V a.C. Por su parte, el ejemplar superficial de Palenzuela se valora, en unión de otras piezas como los broches Bureba —entre los que también incluiríamos alguna fibula de doble resorte allí aparecida— como evidencias de un horizonte inicial del uso de una necrópolis cuyo desarrollo bascula fundamentalmente entre los siglos III-II a.C. (Martín Valls, 1984: 40; 1985: 114). En el mismo sentido de modernización se define junto al prof. Esparza (Martín Valls y Esparza Arroyo, e.p.) al datar el conjunto de la tumba 31 de Miraveche, uno de los que mayores garantías de asociación parece detentar aún, en el siglo IV a.C. El hallazgo de Las Ruedas no hace sino sancionar definitivamente dicha adscripción cronológica; considerando que esta pieza en concreto debió de poseer una dilatada vida, tanto por el carácter sexagenario de su propietario como por presentar signos evidentes de reparaciones antiguas en los gavilanes, cabría sugerir que fuera amortizada en la segunda mitad del siglo IV a.C. o todo lo más hacia finales del mismo, momento cualquiera de los dos que vendría apoyado por la presencia de cerámica torneada en el depósito. Resulta bastante improbable que este modelo de

³ Concretamente se señala una espada incompleta hallada en un contexto cerrado de metales. De la misma no existe en la actualidad ninguna evidencia en el Museo Arqueológico de Burgos según nos indican sus responsables. Desconociendo la fuente de información, únicamente se nos ocurre pensar pudiera corresponderse con los hallazgos metálicos señalados en un túmulo, próximo al grupo de cuatro incineraciones, constituidos por cuchillos, espadas y lanzas en mal estado de conservación, considerados en cualquier caso posteriores a los materiales que depararon aquellas (Monteverde, 1958: 194).

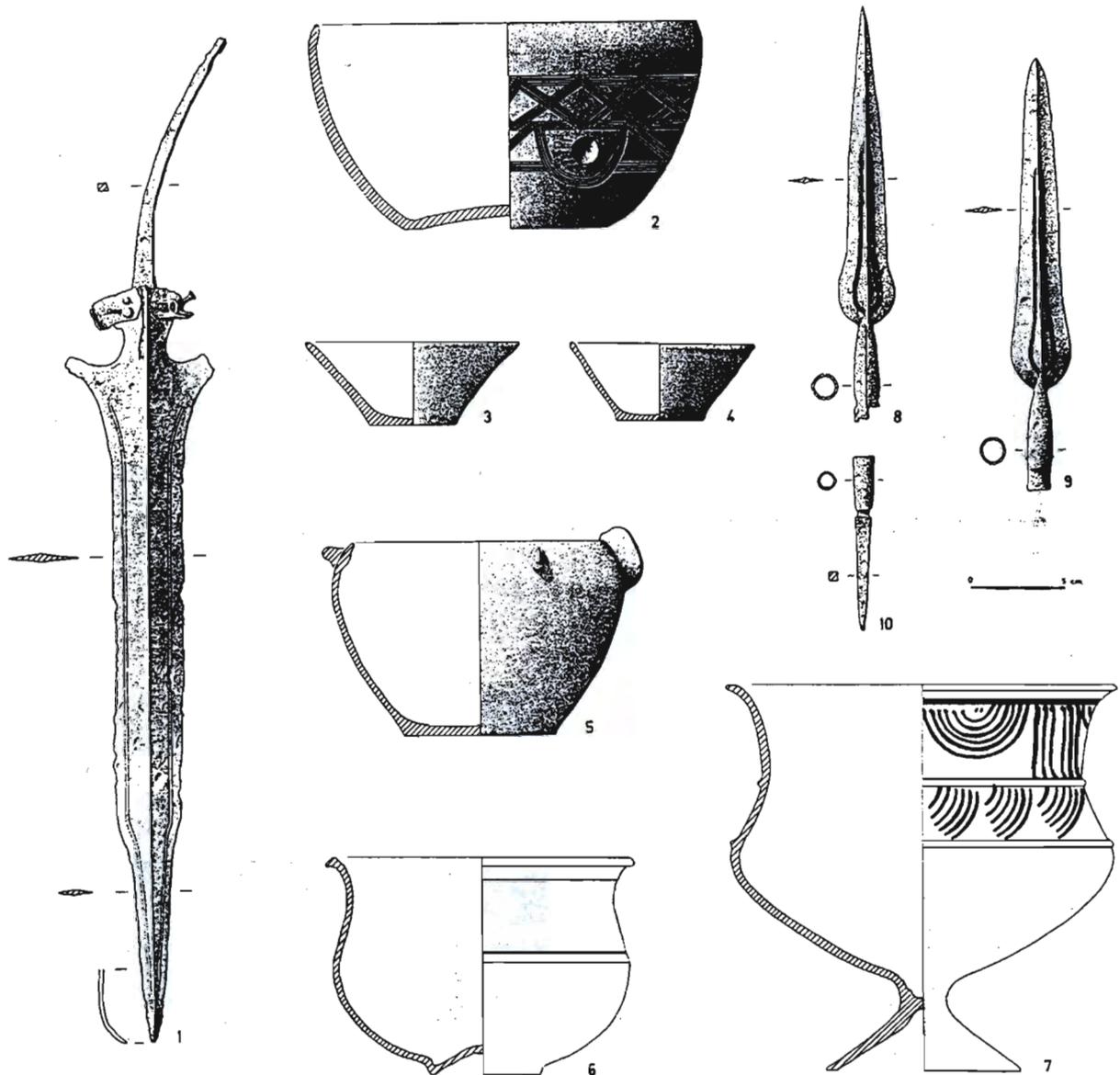


Fig. 3.—Tumba 28.

espada perdurara con posterioridad a esta fecha. Su inexistencia en una necrópolis como La Cascajera, en Villanueva de Teba (Sacristán y Ruiz Vélez, 1985: 198), tan rica en ajuares metálicos, parece confirmar que para los momentos iniciales de su desarrollo, a mediados del siglo III a.C. (Abásolo *et alii*, 1982: 26), el modelo había desaparecido ya.

El puñal de tipo Monte Bernorio (Fig. 4: 5 y 6) por sus características morfoestructurales y decorativas habría que encajarlo en nuestra *fase de desarrollo-2* (Sanz Mínguez, 1990b: 178-180, fig. 3), destacando de la misma su fuerte implantación en el área septentrional, desarrollo longitudinal del arma, así como la sustitución de los esquemas decorativos presentes hasta la subfase previa por otros de los que sogueados o eses encadenadas, en técnica damasquinada, constituyen los elementos más habituales.

El análisis de las nuevas decoraciones nos lleva a contemplar directa o indirectamente, la presencia de influencias laténicas antes desconocidas. En efecto, y sin pormenorizar en todos y cada uno de los esquemas decorativos, cabe señalar que los de ángulos concéntricos presentes en el pomo naviforme o las esquematizaciones de lirras y palmetas que aparecen bajo los remaches del tahalí encuentran paralelos adecuados en espadas de tipo Alcácer do Sal o Arcóbriga en las que sí confluyen otros elementos claramente célticos (Cabré de Morán, 1951; Lenerz de Wilde, 1986).

En esta misma dirección de aportes laténicos y trascendiendo momentáneamente el marco estricto del depósito analizado, conviene al caso señalar cómo las fíbulas de La Tène I, pese a no asociarse a ningún depósito en concreto, se concentran fundamentalmente entre los sectores O y U de la zanja II.

Para concluir, los paralelos más próximos para nuestro puñal se hallan en Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 159:5, pieza más estilizada de como aparece representada aquí, actualmente en el Museo Fontaneda de Ampudia) y en la tumba 201, entre la zona I y II, del ce-

menterio de La Osera (Cabré Aguiló y Cabré Herreros, 1933). Ambos puñales, en unión del padillense, parecen salidos de un mismo artesano y debieron de poseer —al menos el vallisoletano y el abulense— un destino parejo: un individuo encumbrado socialmente según cabe deducir de la similitud y riqueza de los ajuares en que concurren (sobre la especial relevancia de la tumba 201: Kurtz, 1982: 52-53; Baquedano, 1990: 283). La asociación en La Osera a una espada larga de La Tène parece sancionar igualmente una data entre el siglo IV o inicios del III a.C. (Cabré Aguiló y Cabré Herreros, 1933: 37; Martín Valls y Esparza Arroyo, e.p.).

El armamento defensivo se encuentra representado por un umbo de escudo y una abrazadera o terminal de radio y una grapa, todo en hierro (Fig. 4: 4, 2 y 3 respectivamente). Este elemento —como los otros metálicos analizados previamente— fue sometido, junto al cadáver, al fuego ritual, así lo indica sobre todo la ubicación del umbo en el reducido espacio interior de la urna cineraria. La recogida de dicho arma fue, por tanto, incompleta ya que su indiscutible correspondencia con el tipo Monte Bernorio le hacen acreedor de una estructura



Lám. 2.—Tumba 28. Detalle de la urna cineraria y ajuares metálicos.

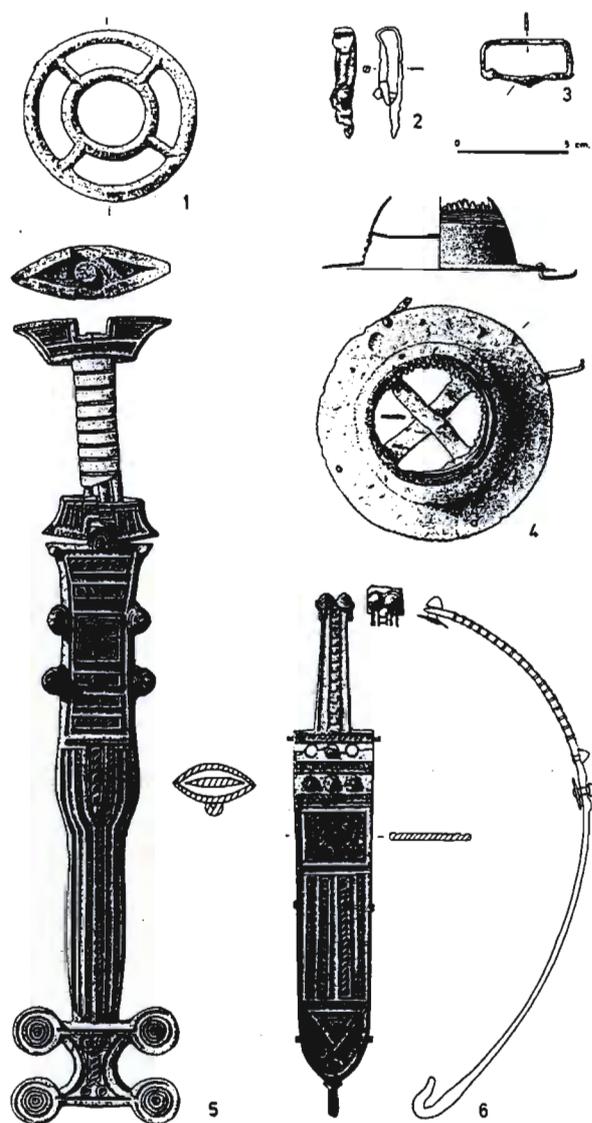


Fig. 4.—Tumba 28.

compleja en la que intervienen no pocos elementos que Cabré perfiló perfectamente, a partir de los hallazgos de la necrópolis de Las Cogotas, incluyéndolos en su fase 3.^a de la evolución de la *caetra* y el *scutum* hispanos (Cabré Aguiló, 1940: 70-73, lám. XIV).

Faltan, por tanto, los radios que, normalmente cuatro distribuidos equidistantemente a partir de la solapa del umbo y claveteados a determinados intervalos, se sujetan en el extremo de la rodela mediante abrazaderas o terminales; faltan asimismo la manilla interna, unas grapas o pasadores —normalmente una o dos parejas— para correas, y alguna otra pieza de sección trapezoide y borde dentado de función más imprecisa (Cabré Aguiló, 1940: lám. XIV, inferior centro). Pese a las carencias parece más que probable que el modelo de escudo respondiera al tipo de *caetra* circular, de reducido tamaño y cóncavo al exterior. Así se encuentra representado por ejemplo en el reverso del pomo de un puñal de la tumba padillense n.º 32, donde sendos guerreros afrontados aparecen blandiendo en una mano un dardo mientras en la contraria sujetan una *caetra* de dichas características de la que destaca un prominente umbo central (Romero Carnicero y Sanz Mínguez, 1992). En la misma dirección apuntan los múltiples testimonios de radios o terminales, característicamente incurvados hacia el exterior, recuperados en las excavaciones.

La sistematización de estos elementos está aún pendiente. La valoración de la notable variedad de resoluciones técnicas y estructurales de las diversas partes que integran este arma defensiva, sobre todo considerando las novedades introducidas por los nuevos hallazgos de yacimientos como Padilla (abundan sobre manera las piezas relativas a este arma compleja), Palenzuela (Martín Valls, 1984: 41), Villanueva de Teba o La Hoya (Llanos Ortiz, 1990: 138), han de rendir, sin duda sus frutos. Mientras esa situación se produce quizás no esté de más señalar la mayor antigüedad que parecen presentar los modelos abiertos con cruceta como el nuestro, frente a otros troncocónicos cerrados, y entre aquéllos

los que detentan manillas de tira simple, en forma de doble hacha muy estilizada y normalmente decoradas, como las fragmentadas recuperadas en Villamorón (Schüle, 1969: lám. 157: 5 y 6), de las cuales destaca una pieza completa rendida por la necrópolis vallisoletana y que creemos se asimilan a un momento previo al que ahora valoramos. Probablemente el ejemplar de la tumba 28 contara ya con manilla engrosada y calada en su zona central.

Martín Valls y Esparza (e.p.) señalan como más viejas, asimilables a "un momento preceltibérico", las piezas halladas en las tumbas A de Las Cogotas y 33 de Miraveche. No obstante, y por lo que a la primera de ellas respecta, cabría matizar su primicia con respecto a ese foco vetón, o lo que es lo mismo, únicamente en terminos relativos. Parece lógico pensar que si este modelo de arma resulta deudor de la Cultura del Duero, su introducción en esta zona meridional se operara al tiempo que los puñales Monte Bernorio, para los cuales constatamos su presencia de forma tímida exclusivamente a partir de su *fase de desarrollo-2* y sobre todo de la de *expansión*.

El colgante de bronce en forma de rueda solar (Fig. 4: 1), compuesto por dos aros concéntricos unidos mediante cuatro radios equidistantes, debió de poseer un alto valor simbólico acorde a la posición pectoral que detentaría, según cabe deducir de su representación en algunos pequeños bronce antropomorfos como los de La Hoya (Caprile, 1986: lám. XVIII: 13; XIX: 1), o Paredes de Nava (Nieto Gallo, 1943: lám. VII: 7; Navarro García, 1939: 235). Este elemento, con hondas resonancias en CC. UU., posee una escasa difusión, alcanzando representación en yacimientos como Miraveche (Schüle, 1969: láms. 152: 16; 136: 7) o Monte Bernorio (Schüle, 1969: lám. 163: 9) o incluso La Hoya (Caprile, 1986: 153, lám. XXXII: 8), distribución que viene a sancionar una vez más los estrechos lazos de unión que manifiestan en su cultura material la cabecera del Ebro con el Duero Medio en estos precisos momentos.

Considerando ahora ya los elementos cerámicos, uno de los más singulares, por constituir en el conjunto analizado todo un símbolo de jerarquía, es la cerámica decorada a peine (Fig. 3: 2). Este cuenco hemisférico, elaborado a mano, de fondo suavemente umbilicado y borde ligeramente reentrante, posee efectivamente un carácter excepcional ya que su destino como urna cineraria únicamente se reproduce en la tumba 32, poseedora también de armas damasquinadas.

La austeridad decorativa y el predominio de la técnica incisa con mínima representación de otras técnicas asociadas, ilustrarían un momento no excesivamente avanzado, aunque, en cualquier caso, alejado de las producciones iniciales surgidas en el mundo del Soto (Barrio Martín; Seco y Treceño, en este mismo volumen). Sin intención de apuntar los paralelos más próximos a nuestro ejemplar, es clara su deuda con respecto del área vettona, zona nuclear por excelencia de estas producciones. Con todo, la pieza de la tumba 28 ahora analizada no parece encajar en el estilo preferentemente impreso que cuajó con mayor éxito en esta "zona de expansión" de Cogotas II, tal y como el análisis de los conjuntos de Cuéllar (Barrio, 1988: 402) o Padilla (Sanz Mínguez, 1985: 111) demuestra.

El otro perfil de cerámica hecha a mano que analizaremos, con superficie bruñida y cocción reductora como el precedente, se caracteriza por su fondo plano y carena alta, con borde orientado hacia el interior que sirve de marco a una decoración plástica de tetones y gallores (fig. 3: 5). Esta forma posee una amplia dispersión, documentándose en los cementerios abulenses con decoración de peine (Cabré, 1932: lám. XLIV; Cabré Aguiló, Cabré de Morán y Molinero Pérez, 1950: 167, forma II, lám. XC), en el Duero Medio con decoraciones sobre todo impresas a punta de navaja y también aplicada como la nuestra (Wattenberg, 1959: 214), y muy especialmente en la Meseta Oriental, correspondiendo a la forma IV-1 de García Huerta (1990: 719-720, fig. 209) con los paralelos más ajustados a nuestro per-

fil en algunos recipientes de Luzaga fechados en el siglo IV a.C.

No podemos dejar de citar otras producciones "pulido-rugosas con decoración impresa" cuyo carácter de fósiles guía para definir un horizonte protoarévaco (Romero Carnicero, 1991: 447-460), en boca de su propio teórico, no parecen poder mantenerse actualmente a la luz de las recientes investigaciones (Delibes y Romero, e.p.). Independientemente de si han de juzgarse como de los últimos tiempos de la I Edad del Hierro o asociarse a las producciones celtibéricas, su relación con el perfil analizado ahora resulta incuestionable y aunque este ejemplar no comparta sin embargo tratamiento diferencial de su superficie o decoración a punta de navaja, si se conocen en este mismo cementerio vallisoletano otros vasos que se ajustan perfectamente a estos criterios (Mañanes y Madrazo, 1978: fig. 3: 5). La vinculación, por tanto, de esta pieza a modelos de la Meseta Oriental, donde alcanzan una notable significación, parece más que probable, no obstante convendrá en un futuro valorar igualmente la alta implantación que esta forma posee en nuestro cementerio, no solamente en producciones manuales sino también en otras toscas torneadas que mantienen la preferencia por cocciones reductoras.

Finalmente las cerámicas elaboradas a torno constituyen sin ninguna duda una de las asociaciones más interesantes de este depósito⁴, aportando criterios de datación y beneficiándose a un mismo tiempo de las cronologías sugeridas por el resto de elementos analizados.

⁴ Al hilo de estas piezas parece interesante señalar la sugestiva correspondencia existente entre los ajuares de la tumba 270 de La Osera (Cabré Aguiló, Cabré Herreros y Molinero Pérez, 1950: 121) y los de la 28 padillense. En efecto, a excepción de los arreos de caballo no representados en Las Ruedas fenómeno extensivo globalmente a su registro arqueológico, el resto de los elementos manifiestan un estrecho paralelismo: arma damasquinada, escudo, puntas de lanza y elementos de adorno (fibulas / colgante pectoral), junto a lo que podría ser una característica asociación de copa y cuenco hechos a torno, en unión de otras formas elaboradas a mano. Tal vez esta situación refleje comportamientos estandarizados en los rituales funerarios de las capas sociales más altas, que trascienden, por tanto, lo estrictamente local.

Ambas piezas poseen formas y decoraciones de gran sencillez. La copa (Fig. 3: 7), a partir de un pie bajo en el que apenas cabe diferenciar el fuste, da paso a un cuerpo abombado con el diámetro máximo próximo al tercio inferior, presentando dos molduras espaciadas, exvasándose a partir de la superior suavemente, de tal forma que los diámetros de su boca y carena son prácticamente coincidentes. La pasta es de color anaranjada muy clara, casi amarillenta, presentando al exterior un fino engobe de color blanquecino sobre el que se aplicó la pintura monocroma oscura distribuida entre las molduras y el borde, formando en el friso superior serie de semicírculos concéntricos colgados de una banda horizontal y separados por grupos de líneas verticales, y en el inferior series de segmentos de círculos concéntricos, todo ello con un trazo rápido algo descuidado. El cuenco (Fig. 3: 6), con un fondo perfectamente umbilicado y pie ligeramente resaltado, presenta un suave perfil en ese; pasta y pintura concuerdan con lo señalado para la copa, si bien aquí el diseño decorativo muestra mayor simpleza al reducirse solamente a tres bandas horizontales.

Una búsqueda de paralelos en los repertorios cerámicos de nuestro entorno cultural nos lleva a comprobar la inexistencia de este perfil entre las cerámicas numantinas (Wattenberg, 1963), así como en la zona navarro-riojana (Castiella, 1977). En el poblado alavés de La Hoya sí reconocemos, sin embargo, alguna pieza similar, de pie ligeramente más elevado, aunque sin precisiones sobre su contexto (Llanos Ortiz, 1983: 117). En el área de la Meseta Oriental y muy significativamente en la necrópolis de Luzaga, donde ya hemos apuntado paralelos formales para otra pieza elaborada a mano de esta tumba, alcanza representación un tipo de copa cuyo diámetro máximo se sitúa en el tercio superior del cáliz (García Huerta, 1990: 786-787, fig. 227: 1-2, forma 9). Estos ejemplares, próximos al nuestro por su escaso desarrollo en altura, nos interesan sin embargo porque adquieren gran significación en el foco abulense junto a otras piezas en todo similares a la analizada de Padilla.

De entre éstas destaca, especialmente por la similitud morfológica y de pastas, un ejemplar hallado en la calicata 1.º de la necrópolis de Las Cogotas en las intervenciones previas a Cabré, y por tanto lamentablemente carente de asociaciones (Cabré Aguiló, 1932: 34, lám. LI: 1). En cualquier caso copas igualmente próximas, de pastas amarillentas, parecen convivir estrechamente con estas otras de barro rojo y carena alta, como demuestran respectivamente los ejemplares de las tumbas 458 y 459, sin ninguna separación y a la misma profundidad, habiendo proporcionado esta última una fibula de torrecilla lateral, modelo harto frecuente en este yacimiento y en el próximo de La Osera cuya cronología podría hacerse arrancar al menos a partir del término del siglo IV a.C.

Hacia fechas similares lleva Fernández Gómez las copas estampadas de la tumba 30 de la necrópolis de El Raso de Candeleda, que pese a tratarse de cerámica gris presenta un perfil muy próximo al nuestro (Fernández Gómez, 1986: 622-624).

Por último, en el valle medio del Duero, esta copa se encajaría en el tipo IA de Wattenberg García (1978: 22 y 51), si bien su vinculación en El Soto de Medinilla a un contexto de pleno siglo I a.C. no haría sino manifestar bien la continuidad de este modelo, bien el resurgir del mismo en un momento tardío, y en cualquier caso la necesidad de modificar las cronologías propuestas en su día para estos niveles. En Roa de Duero algunos fragmentos de perfiles poco comunes que se hacen corresponder con las formas X y XI de Wattenberg García (Sacristán de Lama, 1986a: 179, fig. 15: 1-3) encajan perfectamente en el desarrollo acampanado de nuestra copa, pudiendo su escasez, de corresponder a esta forma, interpretarse tal vez como signo de precocidad.

Sin embargo, el interés añadido de estas piezas es que se asocian a unos elementos que creemos no rebasan el ámbito del siglo IV a.C., suscitando de nuevo el tema de la introducción del torno en este sector. No parece necesario referir una vez más las cronologías apuntadas, en torno a mediados del siglo IV a.C., para la introduc-

ción de la nueva técnica alfarera en ambientes próximos como el valle del Ebro, la Meseta Oriental o Sistema Central (recogidas p. e. en Martín Valls, 1986-87: 79-80; Sacristán de Lama, 1986a: 120-124), que constituirían pasos obligados, aunque no excesivamente previos a su adquisición en el valle del Duero. Para una zona estratégica como la que detenta Padilla, en la que están acreditados intensos fenómenos de relación desde los inicios del siglo IV a.C. tanto en su metalisteria como en su producción cerámica vascular —de lo cual es buen exponente la constitución material de la tumba 28, con elementos del oriente, sur y norte de la Meseta—, y más específicamente para ajueres como éste destinados a resaltar la preeminencia social de determinados individuos, no nos cabe duda que el lapso de tiempo en la recepción de las nuevas producciones debió de ser mínimo —menor al que se suele manejar del inicio del siglo III a.C.— con respecto a dicho entorno. Otra cuestión es la asimilación de estas técnicas y el inicio de las producciones pseudoindustrializadas que, a juzgar por los datos proporcionados por el alfar de Carralaceña, no debieron de ser tan tempranos (Escudero Navarro y Sanz Mínguez, en este volumen).

Tumba 35.

En el conjunto 35 (Fig. 5), hallado en el sector AC de la zanja II, concurrían una vasija torneada tosca que hacía las funciones de urna cineraria, una copita de pasta anaranjada pintada e igualmente torneada y cinco cuenquecitos troncocónicos, en realidad tres: dos simples y un trío agrupado formando un vaso complejo en el que los catinos se disponen tangencialmente, quedando unidos por el borde. Un puñal de tipo Monte Bernorio, carente de la vaina, correspondiente a la denominada *fase de expansión*, así como una pequeña grapa de bronce de cabeza hemisférica, constituyen los elementos metálicos del mismo. Por último, seis lajas de mediano y

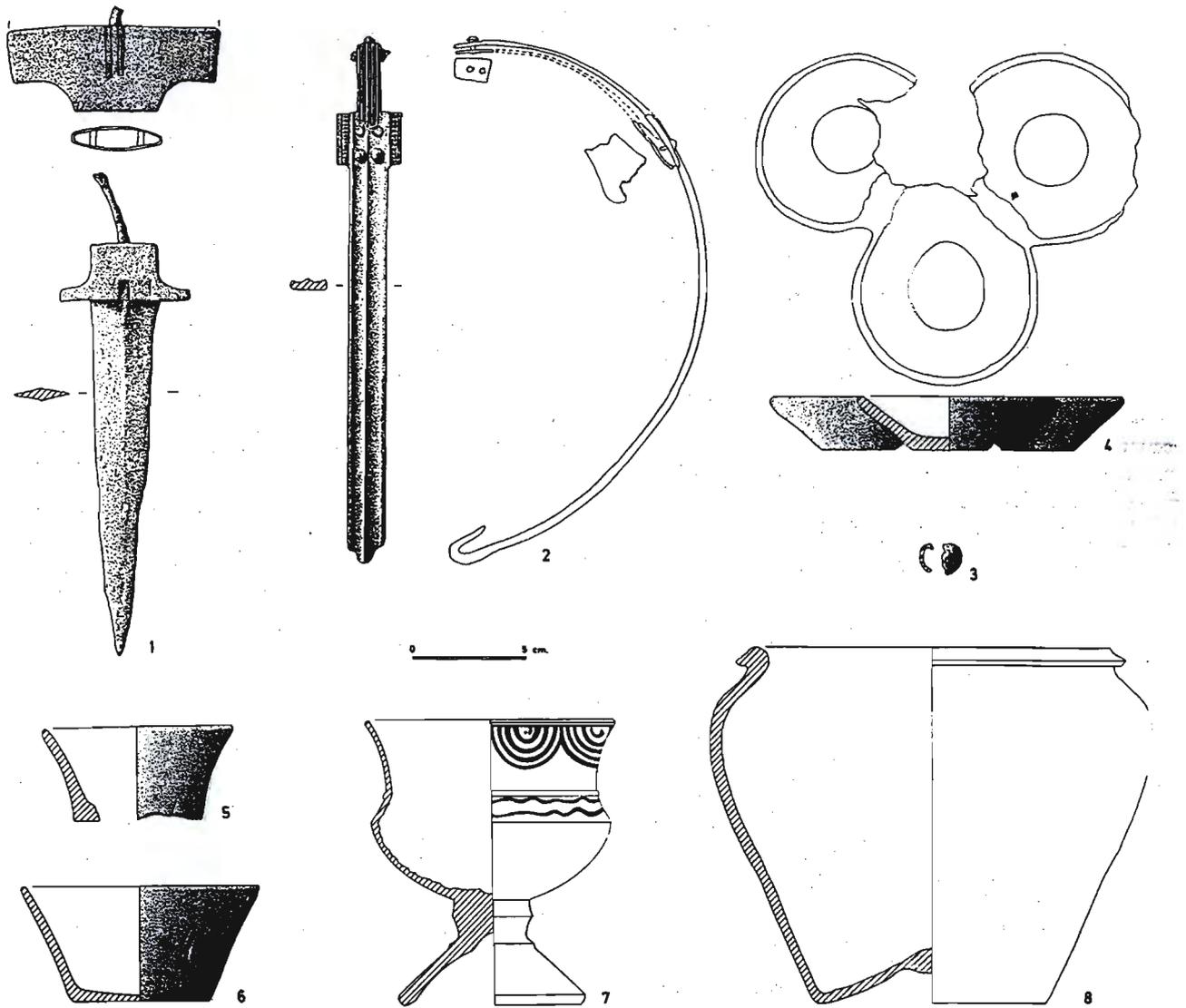


Fig. 5.—Tumba 35.

pequeño tamaño, en disposición apaisada, sellaban el depósito, cumpliendo una de ellas la función de tapadera de la urna cineraria.

Previamente al análisis de este conjunto hemos de manifestar los graves problemas de datación que nos plantean no sólo éste sino otros tantos existentes en ese tramo de la zanja II, antes de que hagan irrupción los elementos tardoceltibéricos.

Debe dilucidarse aún si la común presencia de determinadas formas en dichas tumbas es signo de contemporaneidad o de continuidad del modelo, sin variaciones significativas, a lo largo del tiempo. No obstante, de confirmarse lo primero, tal y como la profundización en el estudio del registro obtenido en Las Ruedas nos va sugiriendo, habría que convenir en señalar ciertas discontinuidades en la estratigrafía horizontal propuesta, y concretamente entre tumbas como la presente y las que hemos analizado previamente o analizaremos con posterioridad, toda vez que nos inclinemos respectivamente por un siglo III o un II para éstas. El problema, en cualquier caso, se deriva de la conjunción en nuestros conjuntos de elementos característicos bien del círculo de Cogotas II, bien del de Monte Bernorio-Miraveche o propiamente vacceos (pensamos fundamentalmente en las cerámicas torneadas), que considerados por separado arrojan dataciones bien dispares.

Así, por ejemplo, trascendiendo el marco estricto de este depósito, conviene al caso señalar la homogeneidad que manifiestan en su composición cerámica las tumbas 32 a 48. En unas u otras concurren, efectivamente, copitas de pie bajo como la del conjunto 35 y botellas finalmente torneadas en pastas anaranjadas decoradas con bandas de pintura oscura, junto a otras toscas o comunes hechas también a torno y normalmente cumpliendo, como aquí, las funciones de urna cineraria; y, entre las realizadas a mano, trípodes, catinos—ambas formas lisas o decoradas con peine sobre todo impreso, independientes o articuladas formando recipientes complejos o “canastillas”—, fuentes ovales, etc. La comparecencia de

ambas producciones—manuales y torneadas— en proporciones similares demuestra una implantación ya plena del torno en este sector del yacimiento. Otro aspecto de interés para la definición de este tramo espacial de la necrópolis es la constatación de cierta tendencia a la miniaturización de las ofrendas antes apenas intuida, proceso que se incardina en una conducta más amplia detectada en cementerios como Palenzuela o Cuéllar (Martín Valls, 1985: 127) y que culminará en época romana en necrópolis como Eras del Bosque (Simón y Nieto, 1948: 155) o incluso en la propia Padilla de Duero (Romero Carnicero y Sanz Mínguez, 1990: 167).

Un ambiente material y contextual, en definitiva, muy similar, por no decir exacto, al que ofrecen sobre todo la mencionada necrópolis de Cuéllar (Barrio Martín, 1988) y quizás también la de Palenzuela, aunque en este último caso apenas intuido a través de algún conjunto puntualmente dado a conocer (Martín Valls, 1984: 39).

La copita de pie bajo (Fig. 5: 7) se encuentra formalmente próxima a la señalada para la tumba 28, aunque con proporciones notablemente más reducidas (diámetro máximo = 140 mm., altura = 160 mm.). Algunos ejemplares muestran una decoración de semicírculos concéntricos pintada a mano alzada que podrían sugerir cierta inexperiencia o impericia en conexión con momentos iniciales de la producción. Pese a tratarse de un perfil representado con intensidad en dichos conjuntos funerarios padillenses no conocemos paralelos exactos para las mismas. Formalmente tal vez podría relacionarse con los vasos acampanados, tipos X y XIII A de Wattenberg García, con fechas que nos remitirían al siglo I a.C. si consideramos los yacimientos del Duero Medio o al siglo II a.C. en el caso de las piezas de ambos modelos representadas respectivamente en Riba de Saellices y La Osera (Wattenberg García, 1978: 29, 30, 56 y 57). A contextos igualmente tardíos se han remitido tradicionalmente las botellitas, tan frecuentemente asociadas en estos conjuntos padillenses, si bien la presencia

de esta forma en la necrópolis de Cuéllar ha servido más recientemente para valorar su mayor antigüedad (Sacristán de Lama, 1986a: 177; Barrio Martín, 1988: 324-329).

El vaso compuesto, constituido por tres catinos de fabricación manual (Fig. 5: 4), encuentra sus mejores y únicos paralelos también en la necrópolis de Cuéllar. La ambivalencia de ollitas y catinos troncocónicos, tengan base plana o trípode, para formar estos peculiares elementos queda bien patente en la multitud de combinaciones posibles existentes: con tres piezas: catinos de base plana (tumba 35 de Las Ruedas), catinos trípodes (tumba XVI de Cuéllar) y ollitas trípodes (tumba 38 de Las Ruedas); con cuatro piezas (la superior coronando en posición central y unida por asas): catinos de base plana (tumba IV de Cuéllar), tres ollitas y un catino coronando, todos ellos trípodes (tumba 45 de Las Ruedas). Curiosamente, aunque en ningún caso encontramos coincidencias completas entre los ejemplares de una y otra necrópolis, no cabe duda que nos hallamos ante manifestaciones en absoluto parejas y sincrónicas.

En la reciente revisión de que ha sido objeto la necrópolis segoviana, se propone una mayor antigüedad de lo que hasta ahora se venía considerando; concretamente para los conjuntos IV y XVI en los que alcanzan representación estos vasos complejos se estima una data del IV o inicios del III a.C. (Barrio Martín, 1988: 407 y 410). Este envejecimiento, por el que manifestamos grandes reservas, no creemos que pueda hacerse extensivo a nuestros conjuntos. Por otro lado, el predominio de peines impresos en los ejemplares de Cuéllar resulta manifiesto, siendo posible incluso definir un estilo particular para las producciones del Duero, con yacimientos tan emblemáticos como Padilla o Cuéllar, pero no podemos compartir que la simpleza de estas decoraciones se interprete como característica de un horizonte formativo asimilable a Cogotas IIa; más bien opinamos que corresponden a momentos plenos de la celtiberización y sobre todo a elementos absolutamente mediatizados en

su concepción por el uso funerario al que fueron destinados.

La asociación de cerámica común torneada con vasos complejos se reproduce también en la necrópolis de Cuéllar. Nuestra pieza (Fig. 5: 8) se correspondería con la denominada por Sacristán (1986a: 198) "Rauda A", uno de los tipos de producciones que mayoritariamente se cocían en los alfares de Carralaceña de Pesquera de Duero. Su presencia desde momentos antiguos en Padilla queda atestiguada tanto en los niveles más bajos del poblado, como en la fase previamente definida de la necrópolis de Las Ruedas. Su incorporación al espacio funerario parece operarse, efectivamente, en un momento inicial del torno —equiparable al que perfila el análisis de la tumba 28 y sancionado por su convivencia con broches de tipo Bureba de nuestra fase Ib datables en la segunda mitad del siglo IV a.C. (Sanz Mínguez, 1991)—, desempeñando a partir de ese instante las funciones de urna cineraria previamente detentadas por cerámicas hechas a mano (Sanz Mínguez, 1990a: 163-164, fig. 3). Su utilización parece larga y como ya hemos señalado (Sanz Mínguez, Gómez Pérez y Arranz Mínguez, e.p.) su carácter eminentemente funcional, alejado de los gustos y estéticas plasmadas en otras producciones más finas o singulares, supondrá una pronta suplantación, ya en el siglo I a.C., tal y como del análisis del último conjunto que presentamos cabe deducir.

Finalmente, por lo que al puñal de tipo Monte Bernorio (Fig. 5: 1 y 2) se refiere, poco más podemos apuntar a lo dicho en la propuesta secuencial que en su día esbozamos para el arma (Sanz Mínguez, 1990b). La morfología de sus piezas naviformes, de su hoja triangular corta y carente de lengüeta trapezoide o estrangulamiento en su tercio inferior, así como su desarrollado tahalí, permiten adscribirle a la que denominamos *fase de expansión*, sin que por el momento sea posible otorgar valor secuencial a la variedad de pomos existentes para este momento, centrado en los siglos III-II a.C.: cortos como el presente, de gran desarrollo transversal o de discos.

Más bien, las asociaciones observadas en las tumbas de Padilla de Duero permiten sospechar que los dos primeros pomos señalados convivieran; dato extensivo al pomo de discos en función de la asociación que uno de estos muestra en la tumba 1304 de Las Cogotas junto a un tahalí (Griño, 1989: 125, cat. n.º 10) exacto al padillense del conjunto ahora analizado.

Si el momento de arranque de esta fase del modelo parece ser el siglo III a.C. —a esta data lleva Schüle (1969: 109) las piezas con naviformes de gran desarrollo transversal—, no nos parece improbable su perduración al menos hasta el siglo II a.C. Su residualidad en necrópolis como la de Villanueva de Teba hacia los comedios del siglo III a.C. (fecha inicial para este cementerio propuesta por sus investigadores: Abásolo *et alii*, 1982: 26) marcaría el declinar del arma en la comarca burebana, sin que por el momento nos sea fácil manifestarnos por los hallazgos relativamente próximos de La Hoya, presentados al margen de sus precisos contextos y proponiendo para los mismos una cronología entre los comedios de los siglos V y IV a.C., en correspondencia con las dataciones de C-14 obtenidas para el nivel A3 del poblado al que se asimila este cementerio (Fillooy Nieva, 1990), que nos parecen escasamente defendibles (una visión crítica a dichas cronologías en Esparza, 1991b: 17).

En la zona centro del Duero parece que el modelo bernoriano pudiera haber alcanzado mayor arraigo y perduración. La necrópolis de Palenzuela cuenta con un nutrido conjunto (Martín Valls, 1984: 40; Martín Valls y Esparza Arroyo, e.p.), del que únicamente ha sido dado a conocer un ejemplar con pomo de discos, correspondiente a la tumba 28 (Martín Valls, 1984: 41) que, por su asociación a un vasito celtibérico pintado de fondo plano, parece sugerir una cronología muy avanzada. Tampoco puede olvidarse que piezas de dicha *fase de expansión* aparecieron también en la tumba XII de Cuéllar (Molinero, 1971: lám. CLXXV). Finalmente, la tumba 32 de Padilla de Duero, con un pomo que recoge una excepcional decoración figurada en la que intervienen re-

presentaciones zoomorfas en perspectiva cenital, parece reclamar, en función de los paralelos que depara esta iconografía, momentos igualmente tardíos (Romero Carnicero y Sanz Mínguez, 1992).

Tumba 56.

Este conjunto (fig. 6) se halló a casi metro y medio de profundidad en el sector AQ de la zanja II. La tendencia a enterrar más profundamente se observa sobre todo en conjuntos más septentrionales y modernos como éste, de igual modo que también cabe apuntar en la misma dirección un mayor descuido por la recogida de los restos cremados del difunto, proceso observado también en algunos cementerios como el de Palenzuela (Martín Valls, 1986-87: 82). En nuestro caso, los exiguos restos de la cremación (9 grs.) aparecían contenidos en un fragmento de cerámica vulgar de espesas paredes. Junto a éstos se situaban, como es norma habitual, los ajuares metálicos de hierro, constituidos por un cuchillo, una punta de lanza y una pieza más arqueada de desconocida utilidad. Entre las ofrendas cerámicas: dos ollas de cerámica vulgar, dos jarras de boca trilobulada, tres cuencos y un vaso con asas y anillas en cerámica hecha a torno anaranjada y pintada, y finalmente la pieza que proporciona los mejores criterios de datación: un cubilete de paredes finas. Jarra pequeña y cubilete aparecían juntos en las inmediaciones del ajuar metálico y de la "urna" cineraria, pudiendo por ello interpretarse tal vez como un servicio del difunto.

Prescindiremos en el análisis de este conjunto de los elementos metálicos, por su inexactitud cronológica, para centrarnos en los elementos cerámicos que caracterizan perfectamente un contexto material propio de la segunda mitad del siglo I a.C. como veremos seguidamente.

Una somera atención a las estructuras y decoraciones de los recipientes cerámicos más finos, de barro-



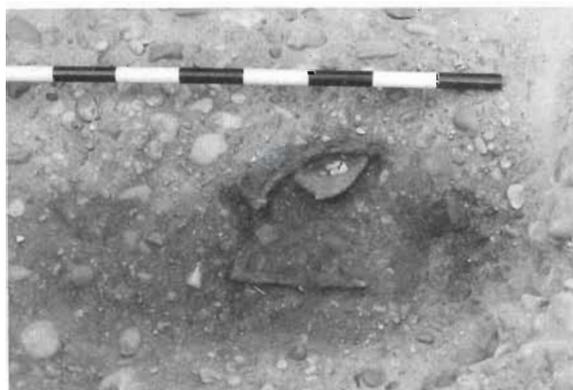
Lám. 3.—Tumba 56.

decantados y coloración anaranjada que presentan su superficie pintada, nos permite asimilarles sin grandes dificultades a las producciones tardoceltibéricas cuyo arranque debe situarse en época postsertoriana. La presencia de pies planos o anulares con ranura externa, o de determinadas decoraciones como las retículas formando triángulos enfrentados por el vértice o de arquillos colgados bajo la línea de la carena o incluso aquella que detenta la jarra menor en el labio interno en forma de yugo, encajarían perfectamente entre los caracteres definidos para estos conjuntos tardíos (Sacristán, 1986-87a: 179-183; 1986: 221-245), al tiempo que la convivencia con fondos aún umbilicados plantearía un momento no excesivamente avanzado de las mismas previo a la Era.

El vaso con asas y anillas de este lote (Fig. 6: 7) llama poderosamente nuestra atención no tanto por su singularidad como por la estrecha vinculación que forma y composición decorativa manifiestan en todos los ejemplares conocidos, incluso entre aquéllos más distanciados temporalmente.

Formalmente queda definido por presentar tres asas-disco, distribuidas equidistantemente entre carena y borde, de las que cuelgan sendas anillas; el perfil de

panza media/baja presenta un característico borde vuelto y bajo éste un hombro anguloso, así como fondo umbilicado. Como ya planteamos en otro lugar (Sanz Mínguez, Gómez Pérez y Arranz Mínguez, e.p.) parece posible establecer nexos con recipientes rituales de tipo *kernoi* bien atestiguados en la propia necrópolis de Padilla, si bien difiere de los más puros por presentar un asa más y haber sufrido cierta evolución en su cazoleta hasta convertirse en el disco que detentan, sobre el que se desarrolla, las más de las veces, una composición aspada harto reiterativa. Estos caracteres, junto a la inclusión de anillas colgantes nos hace volver los ojos a determinadas copas bien representadas entre los hallazgos de Palencia capital (Lión Bustillo, 1987: 15-30, especialmente a la núm. 2 recogida ya por Schüle, 1969: lám. 165), o a otras más simples que detentan una sola asa-disco características del área navarra (Castiella, 1977: fig. 281, forma 16) y que en el caso de dos ejemplares hallados en La Custodia se asociaban a un *cyathus* y a un *sympulum*, al tiempo que otro vasito campaniense permite datar el conjunto entre los siglos II-I a.C. (Labeaga, 1985: 573-584). Esta asociación con dichos recipientes para libaciones no deja de



Lám. 4.—Tumba 56. Detalle de la urna cineraria y ajuares metálicos.

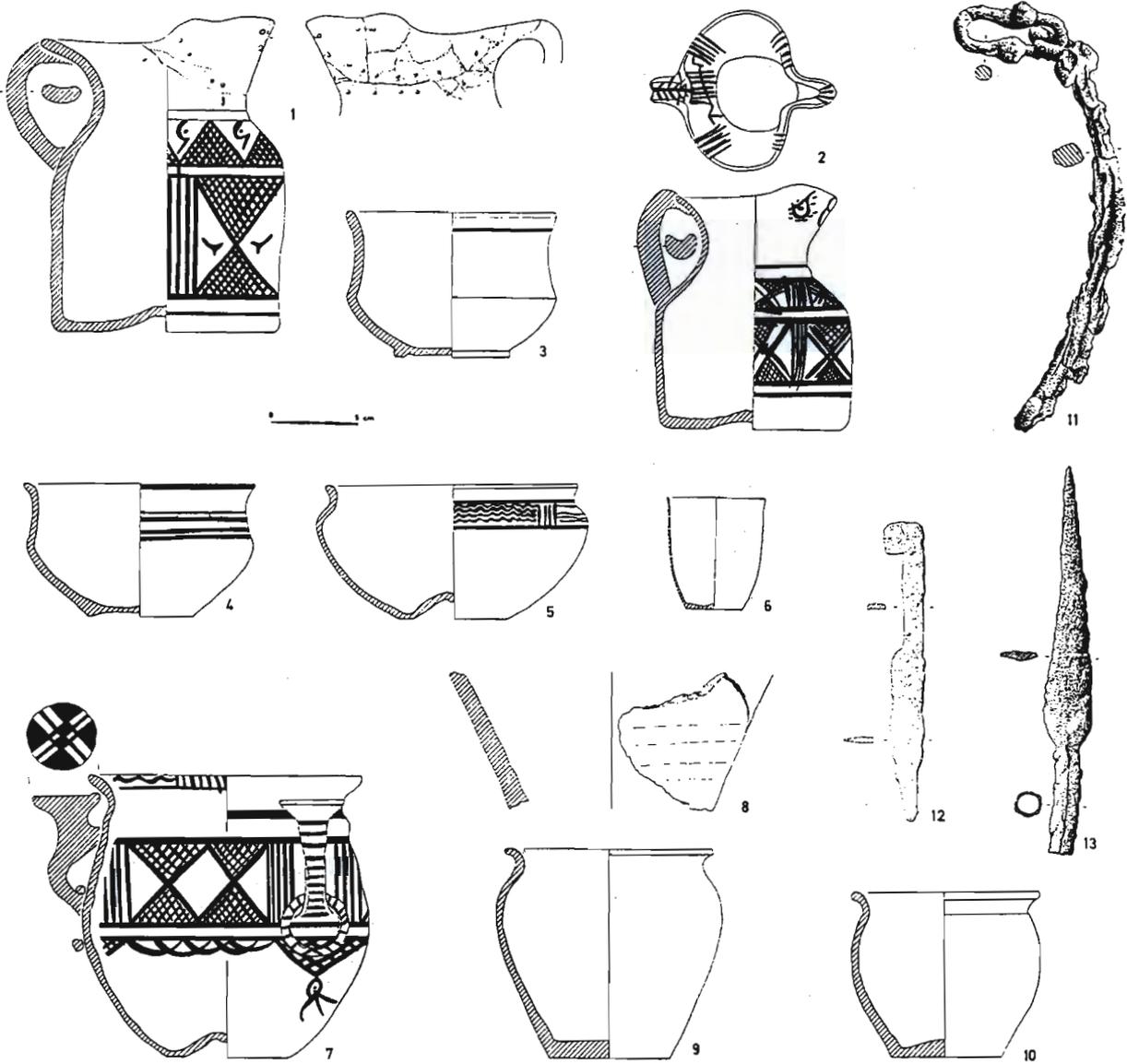


Fig. 6.—Tumba 56.

ser interesante por cuanto, en un espacio más próximo y vinculado en esta ocasión a un vaso formal y decorativamente idéntico al nuestro —si bien carente de asas— vuelve a producirse en el cementerio de Palenzuela, tumba 17 del sector N/55, definiéndose incluso su pertenencia a un menaje ritual estandarizado (Martín Valls, 1990: 166, fig. 2: 1). Los paralelos establecidos por este autor con uno de los recipientes cerámicos aparecidos en el tesoro III de Palencia (Raddatz, 1969: 237, fig. 16) con decoración y perfil muy similar, aunque este último algo más abombado, le llevan a situar dicho conjunto palenzuelense en un momento inmediatamente anterior o coetáneo a los conflictos sertorianos.

Más al Norte de la provincia palentina, el modelo aparece en Monte Cildá, en un ambiente de cerámicas pintadas indígenas si bien, en esta ocasión, por pertenecer a contextos de habitación, en un estado sumamente fragmentario. Un fragmento de borde, un asa de discos y otros restos más del cuerpo con el característico hombro anguloso y borde vuelto, decorados barrocamente de forma idéntica a nuestro ejemplar, corresponderían a buen seguro a un mismo vaso (García Guinea, Iglesias y Caloca, 1973: 31; figs. 11: 1 y 2; 12: 1 y 3). Estas piezas aparecieron en la base del sondeo CT, 4.ª capa, entre 115-140 cm. de profundidad, en asociación a cerámicas sigillatas aretinas, sudgálicas y campanienses como elementos más significativos. Sin embargo, dado por un lado que el sistema de excavación se realizó por piques artificiales y por otro la presencia de niveles de ocupación prerromana en algunos sectores del yacimiento —caso de la cabaña circular con piso enlosado (García Guinea, González Echegaray y San Miguel Ruiz, 1966: 13 y 19), en cuyo relleno de sedimentación se recogieron ya cerámicas tardoceltibéricas—, cabría señalar la duda razonable de que tales hallazgos se beneficiaran de una data previa que, en el caso de la referida cabaña, vendría apoyada por el hallazgo de un denario de Turiasu, serie cuya acuñación se sitúa entre fines del siglo II-I a.C. (Domínguez Arranz, 1979: 283).

No parece improbable, sin embargo, que pese a las cronologías hasta ahora señaladas, el modelo perdurase incluso en el siglo I d.C., tal y como un nuevo ejemplar —aunque incompleto perfectamente identificable— recuperado en los niveles 2-3 del relleno del foso del poblado de La Morterona nos sugiere. No obstante, si consideramos que la formación de dicho relleno debió de operarse entre el final de las Guerras Cántabras y el tercer cuarto del siglo I d.C. (Abásolo, Cortés, Pérez y Vighi, 1984: 115, 117 y 163; fig. 49: 7), y al mismo tiempo que los materiales allí contenidos alcanzaron este lugar cuando estaban ya en franco desuso, cabría sugerir ahora, por lo que a la vigencia de este vaso se refiere, una datación previa a la que por su localización estratigráfica cabría defender, y que en función de la pieza padillense cabría llevar a época augustea.

En efecto, pese a los paralelos aducidos en época sertoriana, la presencia de arquillos invertidos entremezclados en los ejemplares de Padilla y Saldaña parecen demostrar una mayor evolución respecto de los arcos secantes que detentan piezas como la de la necrópolis de Palenzuela. La modernidad de tal decoración es valorada igualmente en Uxama en un contexto material paralelo al tardoceltibérico inicial definido por Sacristán en el Duero Medio, para el que a excepción de detalles como éste no se observan variaciones significativas con respecto a los tipos antiguos (García Merino, 1990: 131-132).

Finalmente, a un momento más evolucionado que nuestro ejemplar parece corresponder una imitación en tamaño sensiblemente menor, carente de asas, con fondo ya plano y decoración de pastillas, procedente de Palencia y conservado en el M.A.N. que, datado en la primera mitad del siglo I d.C., es considerado como la pieza más indigenante de cuantas se conservan de esta necrópolis romana (Abascal Palazón, 1986: 73 y 351; fig. 167: forma 11, n.º 289).

Si pasamos a considerar seguidamente las jarras de pico (Fig. 6: 1 y 2), resulta manifiesta la similar estética

que detentan respecto al vaso precedente. Ambas jarras, aunque de tamaños diferentes, presentan un cuerpo cilíndrico común con base prácticamente plana de umbo central somero. El ejemplar mayor, con la pintura peor conservada, parece carecer de los ojos que sí se advierten perfectamente a ambos lados del pico del menor; la presencia en su boca de una quincena de pequeñas lañas de bronce para reparar la desafortunada rotura sufrida cuando aún estaba en servicio, ilustra sobre el aprecio y quizás también sobre el uso prolongado de estos soportes.

Este modelo de *oinochoe* de cuerpo cilíndrico tendría sus precedentes en el mundo ibérico pleno, donde le vemos concurrir en yacimientos de cronología bien ajustada en el siglo IV a.C. tales como La Bastida de les Alcuses (Aranegui Gasco y Pla Ballester, 1981: 76 y 98), la necrópolis de El Cigarralejo (Cuadrado Díaz, 1987: figs. 50: 11 y 88: 6), o enclaves del valle del Ebro como San Antonio de Calaceite (forma 15), siendo asimismo forma frecuente en poblados ibéricos de la mitad del siglo II a.C. (Pallares, 1965: 72-73, figs. 42 y 43). En la Meseta Norte, sin embargo, y por el momento, no parece que puedan mantenerse datas tan elevadas, siendo, por otro lado, una forma de escasa difusión en relación a las de cuerpo anguloso —las cuales en términos generales, como se confirma también en el propio registro de nuestro cementerio, parecen previas a las cilíndricas, aunque también convivan con éstas en momentos tardíos— que hasta ahora sólo aparecía representada en los yacimientos de la cabecera del Duero.

Tal es el caso del poblado de Castil Terreño de Izana donde, aunque predominan las jarras de cuerpo abombado, existen también algunas pocas de cuerpo cilíndrico (Taracena, 1927: lám. X: 1) junto a una notable profusión de jarras de cerveza o “bock” estructuralmente muy próximas a las jarras analizadas. Estas producciones se datarían entre un momento posterior a la ruina de Numancia y los conflictos sertorianos en que finalizaría la vida de este poblado (Taracena, 1927: 20), si bien recien-

temente cierto hallazgo numismático y el propio predominio de los “bock” han servido para plantear perduraciones hasta la segunda mitad del siglo I a.C. (Romero, 1976a: 390-391).

A un momento más o menos coincidente cabría llevar las numerosas piezas recuperadas en Numancia (Wattenberg, 1963: tablas XXXIX: 1062-1077 y XLII). Aunque no se habla específicamente de esta variante más que en el caso de algún ejemplar que por presentar policromía es considerado tardío, en función de su clara relación con otras jarras de cuerpo y boca cilíndrica y algunos “bocks”, todas con fondos igualmente semiplanos, cabría beneficiarles de la cronología en torno al 29 a.C. propuesta para éstos.

Próximos cronológicamente, o con cierta antelación —la práctica inexistencia de “bocks” aquí podría ser significativa—, parecen también los dos ejemplares procedentes de Langa de Duero, considerados por Taracena (1932: 54, lám. XXXIII: 19 y 21) “decadentes y poco felices imitaciones de vasos del siglo II”. Estas piezas son probablemente las que manifiestan una mayor proximidad formal con los ejemplares padillenses ya que el cuerpo adquiere en todas ellas un marcado desarrollo y carácter cilíndrico, al tiempo que su cuello y boca se reducen sensiblemente, confiriendo a los ejemplares una mayor capacidad y aspecto más sólido. Tendencias contrarias, expresadas sobre todo en la inclusión de cuellos esbeltos o cuerpos troncocónicos por sus paredes tendidas, se observan en los ejemplares numantinos o en los de Izana.

A la luz de estos hallazgos orientales cabría apuntar una distribución de la forma eminentemente arévaca, así como su asimilación a contextos habitacionales, dato este último extensivo al parecer al resto de los modelos de jarras (Escudero, 1986: 93). El hallazgo de Padilla pone ahora un contrapunto interesante a estos planteamientos, de igual forma que lo hacen los jarros aparecidos en la necrópolis de Pinilla Trasmonte, sobre la cabecera del río Esgueva. No obstante, estas piezas bur-

galesas, por sus motivos figurados y esbeltez de cuellos, demuestran una clara dependencia de los modelos numantinos que no parecen expresar nuestros ejemplares vallisoletanos. El final de la necrópolis de Pinilla, al cual quedan adscritas estas producciones, se hace coincidir con el del castro próximo, hecho que sucedería bien como consecuencia de los conflictos sertorianos, bien de las campañas posteriores de Metelo (Moreda Blanco y Nuño González, 1990: 179, fig. 3).

Finalmente, dentro de las producciones finas de cocción oxidante, consideramos tres ejemplares cuenquiformes de perfiles variados. El mayor (16 cm. de diámetro máximo) presenta carena alta, borde vertical ligeramente engrosado, fondo perfectamente umbilicado y decoración, ceñida al borde, constituida por un friso de líneas onduladas interrumpidas, por dos veces, por otras verticales (Fig. 6: 5). La pareja de cuencos restantes, de menor tamaño (12/13 cm. de diámetro máximo), presentan una estructura de bordes suavemente exvasados, con carena de altura media en un caso y desplazada hacia la base en otro, que asientan sobre fondos planos, ligeramente cóncavo y con pie bajo. La decoración de bandas simples horizontales —seis y una respectivamente— queda igualmente ceñida al borde (Fig. 6: 3 y 4).

Aunque en principio el primero de ellos podría parecer más antiguo que los restantes, lo cierto es que asociaciones similares se repiten por ejemplo en la tumba 19 de Uvero, incluida por García-Soto en su periodo IV de las necrópolis del Alto Duero, datado entre la mitad de III y las postrimerías del II a.C. (García-Soto, 1990: 35, fig. 13), fecha esta última en que cabría encajar como mínimo el referido conjunto.

Ciertamente la decoración de líneas onduladas, así como la de bandas horizontales simples, son elementos de gran perduración, documentados en conjuntos de época clásica y tardía (Sacristán, 1986a: 185 y 243). No obstante, el primero de ellos, tal y como aquí se representa, parece resultar dominante en conjuntos sertorianos o inmediatos, como en el señalado para la necrópo-

lis soriana, o en el más próximo de Carralaceña (Sanz Mínguez, Gómez Pérez y Arranz Mínguez, e.p.), en ambos casos asociados a cuencos de perfiles más suaves con el borde ligeramente invadido. Un ambiente muy similar ofrecen también los conjuntos cerámicos de la necrópolis de Fuentelaraña de Uxama, donde proliferan cuencos de perfiles y decoraciones próximos sobre todo a los dos más pequeños padillenses (Campano Lorenzo y Sanz Mínguez, 1990: figs. 4 y 5), de igual manera que sucede en otros conjuntos de contextos varios de la propia ciudad de Uxama (García Merino, 1990: fig. 5: 3-5) dados, en este caso, ya hacia la mitad del siglo I d.C. Algunos paralelos más en la necrópolis de Palencia (Abascal Palazón, 1986: forma 9: 72-73, fig. 59) o en los conjuntos tardoceltibéricos de Roa (Sacristán, 1986a: lám. LXXXVII: 1 y 2), nos remiten una vez más a momentos postsertorianos.

Una breve consideración nos merecen también las producciones torneadas, toscas o vulgares que, pese a acusar formas de ollas similares a las de momentos celtibéricos previos, debemos tildar en este caso ya de romanas, tanto por la configuración de sus bordes o fondos planos como sobre todo por la constitución de sus pastas y paredes en general más gruesas (Fig. 6: 8 a 10). Como ya señalamos en otro lugar (Sanz Mínguez, Gómez Pérez y Arranz Mínguez, e.p.), la sustitución temprana y rápida de estos tipos, frente a la notable perduración de otras tradiciones cerámicas como la vajilla fina pintada, obedecería al carácter eminentemente funcional de los mismos. Problema más difícil de evaluar es saber si las cerámicas vulgares, antes producidas en los hornos de Carralaceña, se continuarían cociendo en ésta u otras áreas próximas del enclave, o serían comercializadas desde puntos más alejados.

Deliberadamente hemos relegado para el final el estudio del pequeño cubilete de paredes finas (Fig. 6: 6) por el interés que posee para ajustar la data del conjunto analizado. Se trata de un vasito de reducidas dimensiones (7,7 cm. de altura, 7 de Ø en la boca y 1,5 cm. de

espesor en las paredes), con fondo plano, borde livianamente exvasado y pasta muy decantada de color ocre-amarillenta clara, relacionable con la forma XV, de escasa prolijidad, establecida por Mayet para las cerámicas de paredes finas ibéricas. En concreto, el ejemplar de Bello (Mayet, 1975: 52-53, lám. XXIII: 177), con unas dimensiones absolutamente próximas y fondo plano con dos ranuras, es llevado por dicha autora, en función de la calidad de su pasta ocre-anaranjada, a época augustea.

Otros paralelos formales nos remiten, de igual manera, a dicha época. Tal es el caso de ciertos cubiletes incluidos entre las producciones no engobadas de paredes finas procedentes de Cosa, con pastas de coloraciones anaranjadas o marrones claras (Marabini Moevs, 1973: 99, 104-105, lám. 17 y 65: núms. 173-175, especialmente el que lleva el número 173 con fondo en umbo y reborde en labio sería el que muestra, por su simpleza, mayor parecido formal, ya que los restantes incluyen acanaladuras y pies con estrías de los que carece el ejemplar vallisoletano); o de los más recientemente reunidos por Ricci para la cuenca mediterránea (Ricci, 1985: 274-275, tabla LXXXVIII: 9 y 4).

En definitiva, el conjunto 56, además de gozar de unos materiales que ya de por sí delatan con claridad un ambiente tardío, se beneficia de la data ajustada que proporciona el ejemplar de paredes finas, conviniendo en situarle en torno a los confines del siglo I a.C.

Hasta aquí el análisis de las cuatro tumbas elegidas para ilustrar la estratigrafía horizontal de Las Ruedas, reflejo de un aprovechamiento radial del espacio en el que apenas se producen superposiciones estratigráficas. Evidentemente, un análisis más detenido de los materiales exhumados hasta el presente en el cementerio, así como la intensificación de los trabajos arqueológicos en el mismo, permitirán un ajuste más fino en cuanto a la definición de niveles se refiere (el óptimo evidentemente sería establecer niveles generacionales). Con todo, pese a que aquí hemos analizado los momentos previos al cambio de Era (siglos IV al I a.C.), el cementerio, al igual que la zona de hábitat, prolongó su actividad durante la etapa altoimperial, ratificando la dispersión de los conjuntos más modernos la expansión del cementerio en la dirección Norte señalada⁵, al tiempo que algunas primeras evidencias de inhumaciones y sigillatas tardías nos ilustran sobre la posible pervivencia del mismo incluso en época tardorromana, antes de que fuera abandonado definitivamente, ya en etapa visigoda, para aprovechar a tal fin un área por entonces ya despoblada del antiguo poblado de Las Quintanas.

⁵ Las tumbas 57 y 58 (Sanz *et alii*, 1989: 25) o la 65 (Romero y Sanz, 1990: 171) datadas en época flavia así lo indican.